

Introducción

Desde el *Mensaje a los artistas* de la finalización del Concilio Vaticano II, el magisterio de la Iglesia ha dedicado su atención con interés creciente a la llamada «vía de la belleza» como camino de testimonio de la fe y de la nueva evangelización, junto a los recursos tradicionales de la enseñanza de la verdad y de la bondad. Al mismo tiempo, se ha desarrollado, con el bagaje adecuado que ha proporcionado la reciente estética teológica, un conjunto de estudios que analizan este territorio nuevo de conjunción entre la belleza y la teología, que abarca todas las épocas del cristianismo y las variadas esferas de expresión artística.

Una cuestión que despierta bastante interés, y es además muy discutida, es el lugar que corresponde a la estética en el conjunto de estudios teológicos. Hay algunos campos que están bien definidos y encuadrados, como es la dogmática en relación con la verdad que debemos creer y la moral con el bien que debemos practicar. Si buscamos relacionarlos con los cuatro trascendentales tradicionales y con las cuatro partes del *Catecismo de la Iglesia Católica*, se podría ver que la dogmática correspondería a la verdad y al Credo, la moral al bien y a los mandamientos, y cabría situar a la estética teológica con la belleza y la oración y contemplación. Al final, quedaría para el trascendental de la unidad la parte del catecismo dedicada a la liturgia, ya que en ella se produce la conjunción de las demás, el encuentro de la verdad, del bien y de la belleza, como lugar teológico mediante los sacramentos donde participamos de la gracia de Dios y de su misma vida sobrenatural. A su vez, cabría atribuirlos a la Trinidad y cada una de las Personas divinas.

Las razones para sostener, tanto desde la filosofía metafísica a la actual más personalista, que el trascendental «belleza» sea origen de la teología espiritual pueden iniciarse con la más clásica de las definiciones de belleza: «lo que visto

agrada», lo que es placentero o agradable de percibir. Y continuar con lo relativo a la «contemplación» y la mística, como lo más propio de la espiritualidad, y así se encuentra en sus cumbres máximas: santa Teresa y san Juan. Esta elección identitaria tendrá sus ventajas e inconvenientes, pero tiene cierta claridad y argumentos a su favor.

Un terreno especialmente apropiado para la estética teológica se encuentra dentro de los estudios sobre la Virgen María, como manifestación singular de belleza comunicada por Dios a una de sus criaturas que, además, es su madre. En este sentido, se reúnen en este volumen una serie de trabajos sobre tal materia. El primero de ellos ofrece, al inicio, un panorama teórico de lo que podría ser el «estado de la cuestión» en el ámbito particular de la estética mariológica y, después, un variado conjunto de ejemplos dentro de diferentes campos artísticos que van de la literatura y la música a la pintura y el cine, como muestras de lo mucho que se puede hacer en este campo.

Los siguientes trabajos suponen ya estudios más concretos, en su mayor parte sobre literatura. Así tenemos dos trabajos dedicados a dos grandes poetas, uno medieval y otro barroco, que destacaron en sus escritos sobre la Virgen María. El primero es Gonzalo de Berceo, con quien comienza la literatura castellana de autor conocido y es un señalado poeta mariano. De modo que puede decirse que al nacer nuestra literatura en el siglo XIII lo hace de la mano de María. Las grandes obras marianas de Berceo son: *Milagros de Nuestra Señora*, *Loores de Nuestra Señora* y *Duelo de la Virgen*.

En cuanto al poeta barroco, es Pedro Calderón de la Barca, autor insigne del principal teatro teológico español: los autos sacramentales. En el extenso corpus de sus autos, unos ochenta, se pueden distinguir ocho marianos, es decir, donde la presencia de la Virgen es significativa, aunque la materia de los autos esté siempre centrada en la Eucaristía esta recibe enfoques variados. Estos autos marianos son: *La hidalga del valle*, *Las órdenes militares*, *La piel de Gedeón*, *¿Quién hallará mujer fuerte?*, *La primer flor del Carmelo*, *Las espigas de Ruth*, *El cubo de la Almudena* y *A María el corazón*.

El siguiente capítulo sobre literatura nos trae ya hasta el siglo XX. El escritor escogido, Eduardo Marquina, dominaba los escenarios de la primera mitad del siglo y contaba con el aplauso del público, aunque en nuestros días sea apenas conocido. Destacó en el teatro histórico en verso, por ejemplo, con *En Flandes se ha puesto el sol*; y en el drama rural con *La ermita, la fuente y el río*. También escribió una obra de fondo mariano, *María, la viuda*, que es la que ahora se analiza.

Esta parte de artículos sobre literatura termina con uno dedicado a la Sagrada Familia. Precisamente, sobre la vida de la Sagrada Familia, a partir de los evangelios se ha escrito mucha literatura y nos proponemos hacer un sucinto resumen con ejemplos de estos dos mil años transcurridos desde la encarnación del Verbo. Empezamos con los evangelios apócrifos de la edad patristica y continuamos con los poemas de la edad media castellana. A mitad de nuestro camino, enfocamos la atención en tres místicas que nos cuentan las revelaciones recibidas sobre la vida cotidiana de la Sagrada Familia. Y terminamos en la edad contemporánea con dos grupos de autores, aquellos que la recrean con presupuestos históricos y arqueológicos, y aquellos otros que en nuestros días nos ofrecen una imagen más novelada.

En la segunda parte de este libro, se reúnen otros cuatro estudios sobre estética mariana, pero ahora dedicados a otras artes, sobre todo, a la arquitectura. El primero de estos centra su atención en el oratorio de la Academia bibliográfico-mariana de Lérida, creada para difundir la devoción a la Virgen mediante el arte, los libros y un certamen poético anual. Para este objetivo se erigió una sede donde sobresale como joya artística su capilla, llamada el «palacio de María», con una decoración muy completa, con un retablo, con la talla de la Virgen de la Academia, y una amplia decoración pictórica en muros y techos con temas marianos y representaciones de alegorías y símbolos a ella alusivos.

Los dos siguientes trabajos se dedican a edificios también. El primero a Antonio Gaudí, arquitecto de fama mundial, principalmente por la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona. Pero el recorrido que se hace comprende muchas más obras, ya que en bastantes de ellas, incluidos edificios de viviendas, tiene a gala mostrar su devoción mariana. El siguiente edificio estudiado corresponda a Víctor Eúsa y está radicado en Pamplona, como la mayoría de sus obras. Es la iglesia de la Milagrosa que edificó para los padres paúles. En su interior, son muy llamativos los grandes lienzos de ambos lados de la nave. En el lado derecho visto desde la entrada, las pinturas están dedicadas a la vida de san Vicente de Paúl; y, en el lado, izquierdo, el de mayor interés para nuestro tema, las pinturas cuentan las apariciones de la Madre de Dios a santa Catalina Labouré, encomendándole la difusión de la conocida como *Medalla milagrosa*.

Finalmente, el último estudio tiene un carácter distinto, pues justamente parte de nuestro propósito es destacar la variedad y fecundidad del camino de la belleza. Así pues, se habla de las calles de Praga y de las numerosas imágenes de la Virgen que saludan a los viandantes desde las fachadas de las casas particulares.

Es la manifestación de una fe popular y anónima que, si bien en otras ciudades se ha dado y se pueden ver en algunos lugares similares imágenes marianas, en pocas se da con la abundancia y variedad de la capital checa.

De este variado conjunto puede desprenderse que son muchos los modos y caminos de trabajar la estética mariológica y que es un terreno que empieza a estudiarse, aunque se haya cultivado desde antiguo. A su vez puede observarse que cada género artístico, requiere una aproximación específica, adecuada a su naturaleza, así cada uno de los estudios presentados está concebido de un modo distinto. En el fondo, son complementarios y no hacen más que intentar extraer una parte de la infinita belleza que Dios ha derramado en su criatura más excelsa, la Virgen María, Madre de Dios.